

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

Erratas del número anterior.

En la plana 1.^a, columna 1.^a, línea 3.^a se lee *Corazon* en vez de *Cor*, y en la línea 17 se dice *porque* en lugar de *pero que*. En la plana 2.^a, columna 1.^a, línea 21 se dice *género* en lugar de *génio*. En la misma plana, columna 2.^a, línea 20 se dice, *reputa* en lugar de *se reputa*, y en la línea 27 se dice *Todos* en vez de *Tales*.

El fin último del hombre.

¿*Quó vadis?*

¿*Adonde vas?*

JOAN. 16.

¿*Adónde vais?* Viajeros ¿cuál será el término de vuestra jornada? ¿Cuál vuestro destino? ¿Y cuál es vuestro último fin?

Ciego es el hombre que no ve la soberana importancia de tan grandes preguntas, y á su perdicion camina como un insensa-

to el que no busca, ó no quiere oír la solución de su destino final, el mas grave de todos los problemas humanos. Como el pajarillo que festivo gorjea y contento salta, prisionero en dorada jaula, sin acordarse de su libertad; como los animales que devorarán el fruto, sin levantar la vista á las ramas del árbol que lo produce; como los Israelitas que en el desierto tropezaban con pastos abundantes para sus ganados, y con aguas cristalinas, y frutos deliciosos para sus necesidades y fascinados por esta falsa y transitoria prosperidad, no se acordaban de su dicha futura, ni de las promesas de Dios, ni de las bellezas, y magnificencias de la tierra de promision, así se conducen innumerables cristianos que viven sin acordarse de su último fin; sin dirigir una mirada

á lo porvenir, sin ver, ni pensar siquiera que la muerte se da prisa en llenar sus huecos; que viene ¡ay! la muerte, de prisa, inexorable, para poner fin á la vida del tiempo y dar comienzo á la eternidad.

No es maravilla que el vicio reine, y cunda como el cáncer la inmoralidad. Si las gentes ignoran el fin de sus acciones ¿cómo han de obrar con rectitud? Si olvidan su fin último, ó prescinden de él en sus operaciones ¿cómo han de ser estas armoniosas, ordenadas, honestas y meritorias? Si pierden de vista el fin para el cual nacieron; si caminan sin norte; si corren á la ventura ¿cómo no han de tropezar, y caer, y extraviarse y perderse? *Non recté curritur, dice San Agustin, si quó currendum est, nesciatur.*

Somos viajeros, y vamos de prisa, vamos corriendo, viajamos al vapor, *vapor est ad modicum parens*; pero ¿á dónde vamos? ¿*Quó vadis?* Sois hombres, y no bestias; y en esto se diferencian las criaturas racionales de las irracionales; en que aquellas obran con un fin determinado, dirigidas por dos facultades nobilísimas, la razon y la voluntad; y aquellas obran necesariamente, con ímpetu ciego, gobernadas por el instinto, y dirigidas por él

á la satisfaccion de sus necesidades físicas, como se expresa el Angel de las escuelas.

¿Cuál es la mision y el destino del hombre sobre la tierra? San Agustin lo ha dicho en pocas palabras. El hombre, dice, ha sido creado para que conozca el sumo bien, para que una vez conocido, le ame, para que una vez amado, lo posea, y una vez poseido, se goce y deleite eternamente en su quieta y pacífica posesion. *Homo creatus est ut summum bonum intelligerent, intelligendo amaret, amando possideret, possidendo frueretur* (1). Explicando los profundos conceptos que contiene esta sublime sentencia, lograremos conocer el fin último de nuestra existencia y los medios que tenemos al alcance de nuestra mano para conseguirlo.

El hombre ha sido creado para conocer el sumo bien. *Creatus est homo ut summum bonum intelligeret.* Dios es el sumo bien. Todas las criaturas son buenas, pero solo Dios es el bien esencial, la soberana bondad, y la infinita hermosura. Todo el bien que está en las criaturas, les viene de su Creador; el sér, el movimiento, la vida, la belleza; porque, como

(1) De diligendo Deo.

dice el Apóstol, en El nos movemos, por El somos, y por El vivimos.

Pero dotado el hombre de inteligencia se eleva de los efectos á las causas, de las cosas visibles á las invisibles, de lo finito y perecedero á lo infinito y eterno, y con alas que le dá la fé, remonta su vuelo hasta el trono de Dios, y contemplando aunque á través de las criaturas, y como por enigmas el bien infinito, soberano y purísimo que saciará su sed de felicidad, reconoce y confiesa la verdad de estas palabras evangélicas: *Hæc est vita æterna ut cognoscant te et quem missisti*. Hé aquí el fin del hombre y la condicion de su dicha eterna: conocer á Dios y á su Enviado, Jesucristo. Dignos de lástima son esos hombres que preciándose de saber mucho, nada saben, porque no conocen á Dios. Tiénense por sábios y son verdaderos necios. *Dicentes, se esse sapientes, stulti facti sunt*.

Yo creo con los libros santos que todos los conocimientos son vanos; que es vana toda ciencia y necedad toda sabiduría sin el conocimiento de Dios, sin la sabiduría de Dios, sin la ciencia de sus caminos. Aunque el astrónomo escudriñe los secretos de los astros y oiga sus comunicables

armonías, y anote en las tablas la música de las esferas, sino conoce á Dios, creador del sol y de la aurora, cuya gloria cantan los cielos, yo digo que es el mas necio de los hombres. *Stultissimus est virorum*. Aunque el geólogo llegase á conocer los misterios del Universo, las creaciones anteriores en el fuego interno que deja sus señales en el granito, así como en los torrentes que caidos de la atmósfera esculpieron las montañas y estriaron los valles; aunque lograrse explorar las partes de este universo, y alzar el velo de sus maravillas y sorprender todos sus secretos, si no conoce á Dios, yo digo que es un necio, el mas necio de los mortales. *Stultissimus est virorum*. Aunque el matemático llegase á poseer la plenitud de las ciencias matemáticas, á dominar esa ciencia colosal que Newton descubrió en los cielos, Lavoisier encontró en la química y Hauy halló en los minerales, si no conoce á Dios, yo digo que toda su ciencia es vana, y que creyéndose un sabio, merece figurar en el infinito número de los necios. *Stultissimus est virorum*. Porque no conociendo á Dios como debe ser conocido, ignoran el sumo bien. ¿Y cómo han de amar este bien infinito si no le conocen? *Ignoti nulla*

cupido. ¿Y cómo han de alcanzarlo si no le aman? ¡Desdichados! ¿Qué les aprovecha toda su ciencia si no conocen, si no aman, si no poseen al Dios de las ciencias? Yo digo que con tanto saber, sino saben salvarse, no saben nada.

(Se continuará.)

Z. M.

VARIEDADES.

UN SUEÑO.

La Historia, que á veces se levanta orgullosa y echa á volar á los cuatro vientos sus decretos magistrales, y guarda otras silencio caprichoso y obstinadamente, nada nos dice, de cuanto voy á referiros, en sus elustos *in fólis*... Pero como por fortuna, de la verdad algo queda, hé aquí lo que ha quedado para recuerdo, del sueño de San Pedro.

Dicen los anales (que no están escritos sino que se conservan en la memoria de los viejos) que San Pedro estaba un día, no se sabe á punto fijo la fecha ni la hora, algo inquieto y preocupado... Tal vez tendría entre manos algún asunto de importancia; pero es el caso, (y no nos metamos á curiosear el motivo) que el venerable anciano, cansado de discurrir inútilmente, al cabo de un buen espacio de tiempo se durmió.

Yo, que á la verdad tengo fama ganada de atrevido, leí entre líneas que el Buen Maestro viendo apesadumbrado á su Vicario, y temeroso de hundirse en

un nuevo mar de Tiberiades, le envió el Angel del Sueño, para que cerrara sus párpados, y extendiera ante su imaginación un lienzo de consuelo.

Adormecido ya el Santo Apóstol, temía por la Iglesia naciente, y aunque se le aparecía en letras de molde, la promesa del Salvador, le hacia temblar su indignidad, y venia á su mente la escena del *quo vadis*... Su sueño era pues angustioso y agitado.

Pero, cuando el Angel le iba mostrando, una á una, las gloriosas páginas de la Historia de la Iglesia, el buen Pedro lloraba de alegría.

El Dios, Todo-poderoso, quiso que pasaran por delante de los ojos de su Vicario los esforzados Leones del Pontificado... Vió pues á Leon I, ante *el azote de Dios*, Atila; al poeta Leon II, presidiendo el VI Concilio ecuménico, contra el Monotelismo; á Leon III coronando, con santo júbilo, las sienas augustas de Cárlo-Magno; á Leon IV en los muros de Roma, defendiendo la ciudad Santa, levantando ejércitos, sosteniendo á las naciones contra los sarracenos africanos, reedificando las ciudades destruidas... (1)

Vió al V de los Leones, en la cárcel, víctima de los ambiciosos del poder espiritual, enfermo, agonizante... á Leon VI velando por la paz del reino italiano; al VII restableciendo la disciplina canónica. A San Leon el IX, al milagroso contra la simonía, lo contempló ante el

(1) Voltaire hace la apología de este Pontífice, diciendo que edificaba las ciudades por manos de los que debían destruirlas,

sepulcro San Remigio; al X, en el concilio de Letran, y ante el autor de la Reforma luterana; al XII clamando contra la tolerancia y la falsa libertad.

Cuando el mundo de los Leones del Papado pasaba por la mente del Apostol, éste sonreía de gozo y á veces lloraba; si, lloraba de alegrial..

Pero el Maestro queria mostrarle el décimo tercero de los Leones, al sábio, al favorecido de las Musas, al diplomático, al piadoso Joaquin Pecci.

Le vió, anciano ya, en el sόlio pontificio, sostenido por la Poesia, la Ciencia y la Virtud... El universo lo admiraba, la Masoneria se estremecia al escuchar su nombre... Oíanse en la espaciosa plaza de san Pedro las aclamaciones que, en mil idiomas diversos, se elevaban hasta el Vicario de Cristo!... Luego Leon XIII cumplia los cincuenta años de su exaltacion al sacerdocio... Celebraba el mundo catόlico las bodas de Oro del Papal...

Mientras esta vision consoladora pasaba, el anciano despertó. Los esplendores del pontificado del XIII de los Leones, le habian hecho abandonar las regiones del sueño. Una sonrisa celestial agitaba dulcemente sus labios. El Angel habia desaparecido, y San Pedro, trémulo de emocioin y de gozo daba gracias al Dios Omnipotente por los consueños que le prodigara, al dejarle ver cuan bravos defensores de su Iglesia serian los que le sucedieran en su cátedra augusta; los Leones del Pontificado!...

P.

De (*El Pilar*).

Juventud de Renan.

Hemos visto en un periódico algunos datos sobre la juventud del que es hoy uno de los principales apóstoles de la impiedad, y autor de varias obras condenadas con razon por la Iglesia.

El siguiente acto de consagracion á Maria fué escrito por su propio puño en los registros de la Congregacion de Maria erigida en el seminario de Freguier, su patria.

«Yo, Ernesto José Renan, os elijo en este día por Reina, abogada y protectora mia, cerca de Dios, y por mi gloriosa Madre; tomo la decisiva resolucioin y firme propósito de no abandonar jamás vuestro culto y los intereses de vuestra gloria en todo el tiempo de mi vida, y especialmente de no hacer ni decir cosa alguna contra Vos, ni permitais que los que dependieren de mi cometan con sus ejemplos y discursos los mas leves atentados contra el honor y homenaje que os son debidos por todos los siglos.—Ernesto Renan.»

Siendo de temperamento delicado, la conservacion del jóven Ernesto fué siempre considerada como un milagro debido á la intercesioin de la Virgen, á la cual imploraba día y noche su buena madre.

Niño aún, dedicaba á la meditacion y oracion aquellas horas que la niñez suele emplear en los juegos y otras cosas frivolas.

Aspirando al sacerdocio, entró en el referido seminario donde se distinguió por el exacto cumplimiento de sus deberes, una escrupulosa atencion y trabajo constante. Dulce, humilde, afectuoso, modesto, poseia todas las prendas que forman un buen discípulo y un buen cristiano. Asistia con notable piedad á los actos religiosos, y conulgaba tres veces á la semana. Sus maestros le presentaban como un modelo á sus condiscípulos, por quienes era llamado San Luis, por su inocencia y candor.

Entró en el gran seminario de San Sulpicio, en el cual se distinguió de un modo particular en el delicado cargo de catequista. Montalembert, atraído por su naciente fama, fué un día á oírle con Lacordaire, y al salir dijo: «Esto es digno de Bosuet.» Su devoción hácia la Madre de Dios fué siempre en aumento. El día 2 de Enero de 1844 escribía á un amigo: «He sabido con placer que has sido elegido para prefecto de aquella Congregación (de Maria), cuya memoria me será siempre cara, porque se que le soy deudor de tantas gracias.... Recordando con la mente el pasado, he notado que la gracia que ahora me concede Dios ha tenido su principio en el ingreso en aquella pia Asociación, y estoy muy contento de saber que es mas numerosa y floreciente que nunca.... Te ruego que des á todos los miembros de la Congregación la seguridad de que siempre los miraré como á mis carísimos hermanos en Maria, y que siempre estaré unido á ellos con el corazón y la oración.» Tales eran entonces sus sentimientos. Mas despues ha abandonado á tan piadosa Madre, que le conservó la vida en su tierna edad, aquella vida que debiera haber empleado entera en su honor. Demasiado tristemente célebresse han hecho sus obras y en particular la *Vida de Jesús*.

En su infeliz estado encontró un día á dos jóvenes eclesiásticos que iban juntos. Eran dos antiguos camaradas, dos amigos suyos de Freguier. Notaron éstos su pensosa sorpresa, y quedaron admirados de sus respuestas.

—¿Con que, vosotros creéis? les dijo.

—Si, le respondieron; nosotros creemos. Lanzó entonces un suspiro y su semblante se trasmudó.

—En este caso sois felices, les dijo.

Y se separó de ellos con aire de tristeza, comprendiendo que la felicidad está en la verdadera fé.

Su talento jamás podrá convencerse

que sea verdad lo que escribe, y del fondo de su corazón se levantará incesantemente una voz que le gritará que anda por el camino del error. Todas las clases de la sociedad han protestado contra sus impíos devaneos; muchos escritores hostiles al Catolicismo han rechazado sus falsos asertos; la Iglesia ha condenado sus sacrilegas páginas; y él, hecho presa de una duda constante, según su propia expresión, lleva impreso en la tristeza de su semblante el sufrimiento que amarga su existencia.

Oremos y esperemos. Esperemos en la infinita misericordia de Dios, que de un Saulo perseguidor de la fé hizo un vaso de elección. Oremos y esperemos de la intercesión de aquella que es Madre de Dios y nuestra, de la cual fué en otro tiempo tan devoto, y á la cual prometió ser fiel. Maria es abogada de pecadores: esperemos.

(Diario de Sevilla)

Rolland, Dios te guarde!

Rolland, hijo de un labrador de las Cevennes, nació en Aubrac, Aveyron.

Llamado al servicio de las armas, ingresó en el 18.º batallón de cazadores de á pié, formó parte de la banda de cornetas, tocó como un verdadero artista, y fué valiente como uno de los paladines de noble raza de la Edad Media.

El 14 de Agosto de 1844, en la célebre batalla de Isly, ganada por el mariscal Bugeaud á los Arabes, en los confines de la Argelia, Rolland, arrastrado por su valor, abrió con su bayoneta una brecha sangrienta, en la apiñada masa que oponía á nuestro ejército el enemigo.

Terminado el combate, fué á socorrer á un Cheick que habia caído herido. Este, en prueba de agradecimiento, le dis-

paró á boca de jarro un pistoletazo, del cual por fortuna salió ileso.

El 23 de Setiembre de 1845, fecha de gloriosos y terribles recuerdos, en Sidi-Brahim cerca de Djemma Chazouat, cuatrocientos cincuenta franceses mandados por el coronel de Montagnac, cayeron víctimas de la traicion en una emboscada, viéndose envueltos y asaltados de repente por tres mil Arabes.

Rolland se encontraba allí. Quemó hasta el último cartucho, y cuando sus municiones quedaron agotadas, atacó y se defendió al arma blanca. Pero vencido al fin por el número, fué hecho prisionero y llevado á Abd-el-Kader, que seguía las peripecias de aquel sangriento hecho de armas, desde una altura á la sombra de una higuera.

—Toca! dijo á Rolland, toca para que los franceses suspendan el fuego.

Rolland coje su corneta y toca «á la carga.» Sus notas penetrantes llegan hasta los franceses, rodeados por todas partes, los electrizan, redoblando si es posible su valor, y hacen vacilar por un momento á sus enemigos.

Al fin, sin embargo, aplastados por fuerzas muy superiores, ceden; y los que no son muertos, quedan prisioneros.

Los Arabes decidieron deshacerse de todos ellos por medio de una matanza general. Rolland adivinó su proyecto.

Una tarde dijo á sus compañeros de cautiverio:

—Esta noche serál... Velad... y defendámonos hasta morir!...

Armado con un cuchillo que habia podido ocultar, esperó.

A media noche, en efecto, se oyó una

gritería espantosa. El momento habia llegado.

Rolland se levanta y echa á correr.

Un Arabe le sale al encuentro: Rolland lo derriba, y se escapa del goubri.

Dos Kabilas parten en su persecucion, lo cojen por la cintura y le arrancan los pantalones: Rolland no se rinde, logra despues de una lucha desigual librarse de ellos; y prosigue de nuevo su carrera desesperada en traje de noche.

Furiosos al ver que la presa se les escapa, los Kabilas le hacen una terrible descarga; pero las balas le agujerean por varios puntos su camisa, que flota al viento, no le hacen el mas pequeño rasguño.

Fué el único que pudo salvarse de la horrible carniceria de Sidi-Brahim!

Rolland en su huida atravesó la Mouzaia, internándose en los bosques. Por ellos anduvo tres dias errante, sin otra brújula que las estrellas.

Rendido, sin aliento, abrasado por el sol de dia, y aterido de frio por la noche, víctima de la fiebre, casi desnudo, afligido por horrorosas tempestades, acosado por los hombres y perseguido por las fieras, sin otro alimento que algunos hongos que coge al paso; marcha, marcha sin detenerse, marcha siempre!

Por último, al declinar el tercer dia, en las inmediaciones de un pueblecito, se encuentra de pronto frente á frente con dos Arabes.

Uno de ellos levanta su brazo, armado con un puñal, para matarlo; mas el otro lo detiene é impide aquel asesinato; y ambos al fin, escitados por la esperanza de una recompensa, se deciden á llevar su prisionero al campamento francés.

En él fué Rolland acogido, festejado, y condecorado con la cinta roja de la Legión de honor.

Poco tiempo despues debía salir de expedición una columna.

Rolland, apenas repuesto de sus fatigas, pidió permiso para formar parte de ella: permiso que el general le concedió fácilmente.

Un día, en las orillas del mar, Rolland vagaba entre las peñas, esperando hallar algún enemigo.

A través de una hendidura abierta en una roca, descubrió en una caverna algunos Kabilas, que ostentaban con aire de triunfo sobre sus cabezas kepis franceses: los kepis de las víctimas de Sadi-Brahim!

Al verlos la sangre se le enciende, y sin cuidarse del peligro, se lanza al fondo de la caverna; cayendo en medio de un verdadero enjambre de Arabes.

Estos, repuestos de la sorpresa que les causa en el primer momento tamaña audacia, cojen sus armas, y hacen contra él una descarga general sin herirle.

Rolland entonces cubre sus espaldas apoyándose contra la roca, y empuñando su bayoneta, hiere ciego de rabia á derecha y á izquierda, en el pecho, en el vientre, donde puede, en el grupo que lo rodea, con verdadero frenesí.

El ruido del combate, que se oía á alguna distancia, hizo acudir en su auxilio á sus compañeros de armas. A la llegada de estos los Arabes huyeron; quedando solo Rolland en medio de la caverna, rodeado de cadáveres, con los vestidos destrozados y cubiertos de sangre; pero sin una sola herida.

Cuando volvieron todos al campamen-

to, el comandante Lourmel salió á su encuentro y le estrechó afectuosamente la mano. Y el general Cavaignac, que tuvo á seguida noticia de su heroico comportamiento, le mandó rendir los honores del triunfo; haciéndole pasar, sobre un furgon de artillería, por delante de las tropas formadas en batalla.

Luego, por la noche, le invitó á sentarse á la mesa del estado mayor; y terminada la comida, en presencia de todos los oficiales, le dirigió entusiastas felicitaciones por su valor, y por la suerte que había tenido al salir libre de los terribles peligros por que atravesára.

Entonces fué cuando Rolland, con noble y sencilla ingenuidad, le dijo:

«Mi general, no os admireis de mi fortuna!

«Al abandonar mi pueblo para incorporarme al batallón, mi madre, con voz grave y cariñosa, me dijo estas solas palabras de despedida:

«Rolland, Dios te guarde!

«Desde entonces mi general, aquellas palabras de bendición maternal y cristiana, no se han apartado un momento de mi memoria.

«Y en todos los combates que he tomado parte, y á los que me he lanzado ciegamente sin reparar en nada; en Isly y en Sidi-Brahim, como en la caverna de las orillas del mar, he repetido siempre, con fé y con amor, las palabras de mi madre:

«Rolland, Dios te guarde!...

«Y Dios me ha guardado!»

X.